



CONCURSO DE RELATOS JORNADAS CONTRA LA VIOLENCIA DE GÉNERO



NOVIEMBRE 2024
DELEGACIÓN DE IGUALDAD
AYUNTAMIENTO DE HINOJOSA DEL DUQUE





Alcahueta

Las sábanas de coralina me envuelven y me siento pequeña en una cama de no más de 90, pero el día comienza y yo tengo que salir de aquí, aunque no quiera. Con los ojos entreabiertos me preparo el desayuno y pienso en la labor de las madres a la hora de decidir qué se va a comer a lo largo del día para no echarse las manos a la cabeza a la hora de cocinar por no haber sacado a



tiempo la pechuga de pollo congelada que cumple el papel de ingrediente principal. ¿Qué se yo si me va a apetecer almorzar el tupper de pisto de la abuela o el tupper de salchichas al vino de mamá, si son las 8 de la mañana? Con algo de resignación vuelvo a la habitación para sentarme en el escritorio y tratar de concentrarme en las páginas de todo eso que se supone que tengo que saber, pero algo me lo impide. Miro a través del balcón y se presenta ante mí gran cantidad de viñetas en las que fijarme, como si se tratase del menú de las cintas de vídeo con las que solía entretenerme mi abuela cuando limpiaba el salón por las mañanas, mientras mi madre trabajaba.

La cotidianidad de las de ventanas del edificio de en frente aparece como una oportunidad nueva de romantizar mi vida, aunque eso para algunos sea un signo de alcahuetería. Soy tan indecisa que no sé, exactamente, en cuál de todas ellas centrar mi atención. Mis ojos se posan en el tercer piso. Una mujer plancha, como todos los días desde que empezó la semana, durante toda la mañana, aprovechando los cálidos rayos de luz que entran a través del cristal impoluto desde el que se deja ver. Un cristal tan nítido que hasta se pueden apreciar la delicadeza y el cariño de sus gestos dirigidos a cada una de las prendas. Me pregunto sobre el ecosistema de esa casa, ¿qué hará que haya tantos montones de ropa carentes de un cuidado que asume esa mujer en sobre exceso?

Con resignación, de nuevo, vuelvo a las páginas, pero no dejo de pensar. No puedo evitar poner la vista en el balcón de en frente, el del quinto, un balcón al que recurro con frecuencia para comprobar la presencia de una vieja amiga, amiga mía de hace años, aunque ella ni siquiera me conoce. Está ahí, de espaldas, como siempre, y yo me sigo preguntando por qué no dejo de verla, por qué me castiga ocultándome quién es. Siempre que miro está ahí y, cuando no está, me preocupo por ella.



Se sienta durante horas y, sus ojos, hundidos en un tiempo al que yo no tengo acceso, se quedan fijos en un punto que parece que sólo ella puede ver. Me gusta pensar que, al igual que yo, hace por entretenerse con la cotidianidad que mana sutilmente de otros edificios. No sé si ella también escucha los gritos, fruto de la discusión y no del sexo, que se intercambia la pareja del piso de abajo, o las hormigoneras de la obra que todas las chiquillas rehúyen para no escuchar comentarios sobre lo cortos que llevan los pantalones. ¿Dónde irá la vida que desprende su casa cada vez que llega la tarde y las persianas se deslizan hasta el suelo? ¿Seré yo misma, después de mucho tiempo, esa mujer?

Los días pasan y la realidad aún no ha dejado de superar a la ficción. Esta vez, sin esperarlo, mientras preparo el desayuno con el mismo dilema de todas las mañanas, miro por la ventana de la cocina y la veo a ella, la mujer del balcón, que se descubre, por fin, ante mí, con cara de alivio y un moratón en el ojo. No sé qué historias esconde esa mujer entre los pliegues de su piel, qué secretos guardan sus manos temblorosas. En su mirada intuyo una pena antigua, un miedo sutil que pareciera haber estado ahí desde siempre, como una sombra que se enrosca en los rincones de su mirada. A pesar de la distancia, ambas parecemos vernos la una a la otra, nos miramos a los ojos y yo vuelvo a resignarme. No es justo para ella que lo haga, tampoco es justo para mí. Mientras me mira, parece pedirme ayuda y yo me pregunto si alguien se le ha descubierto a ella como ella se me está descubriendo a mí. Esa idea me atormenta. La miro con unos ojos que le aseguran haberla visto y aparto la mirada hacia la ropa blanca tendida que hondea con delicadeza en la terraza que corona aquel conocido bloque. A veces me gusta imaginar que todas nosotras podemos llegar a ser cada una de esas sábanas mojadas que tratan de secarse con aparente libertad, sin tener que aprender a encogerse y ocupar cada vez menos espacio; sábanas que danzan con el viento sin miedo a que las golondrinas se posen sobre ellas. A veces me gusta imaginar que todas conseguimos dejar de resignarnos por una vez y que mirar por la ventana es, por fin, algo realmente tranquilizador.

Laura Villarreal Martín



Ilustración: Alejandra Cambrón Moreno



Amistad en el bosque

En un bonito bosque lleno de árboles altos y grandes, flores de muchos colores, vivían muchos animales. Entre ellos estaba una dulce cierva llamada Lucía, y Maximiliano, un gran y esbelto ciervo. Ellos eran los mejores amigos y siempre, siempre jugaban juntos todos los días. Sin embargo, había un problema en el bosque del que nadie quería hablar, todos callaban; algunos animales no trataban bien a otros, los molestaban, insultaban, los hacían sentir mal. Un día, mientras Lucía y Maximiliano corrían cerca del río escucharon un llanto. Muy despacito, de puntillas se acercaron y encontraron a Tom, el pequeño y gracioso conejo, temblando de miedo con los ojos llenos de lágrimas.

·¿Qué te ocurre amigo? - preguntó Lucía-

·Es que... es que el zorro Robertín siempre me grita y me empuja, me dice que soy pequeño, pequeñín.- Contestó Tom llorando-

Maximiliano frunció con fuerza el ceño, empezó a dar vueltas sobre sí mismo levantando polvo y dijo muy serio:

·Nadie debería hacerte sentir así, hacerte sentir mal, eso no está bien amigo pues todos merecemos un respeto.

Lucía compungida de ver a su amigo triste dijo:

·Deberíamos hablar con Robertín, igual él no se da cuenta del daño que hace, igual él se piensa que haciendo eso es gracioso.

Muy decididos los tres amigos decidieron ir a buscar a Robertín. Lo encontraron descansando bajo un árbol. Lucía muy amablemente llamó su atención:

·Robertín, nos gustaría hablar contigo de lo que ha pasado con nuestro amigo Tom.

Robertín levantó la vista, frunció el ceño como de costumbre hacía y de manera muy chula dijo:

·¿Qué le pasa, qué quiere ahora ese conejo canijo?

·Eso le pasa - contestó Lucía - que, aunque estés delgado no es razón para tratarlo mal, con tanto desprecio. Todos tenemos diferencias,



cualidades y habilidades distintas, pero no por eso somos mejores que los otros. Esas diferencias nos hacen especiales, ser únicos.

·Tom puede ser pequeño - contestó Maximiliano - pero tiene un corazón enorme.

·La amistad - continuó Lucía - significa cuidarnos unos a los otros y no hacernos daño.

Lucía se acercó y abrazó ligeramente a Robertín y le dijo:

·¿te gustaría formar parte de nuestra pandilla? Nosotros podemos enseñarte a jugar con nosotros sin pelear.

Después de un rato en silencio y pensando muy serio Robertín dijo:

·Nunca pensé en eso, en jugar en lugar de pelear. Tal vez sea una buena idea y he estado equivocado todo este tiempo.



Desde ese día, el bosque cambió poco a poco hasta de color, ahora brillaba más. Robertín empezó a jugar con Lucía, Maximiliano y el pequeño Tom. Aprendió que ser fuerte no significa hacer daño a los demás, significa tener una cualidad para poder ayudar a tus amigos. Los animales del bosque comenzaron a hablar de la importancia que tiene en la vida el respeto y la amistad, Ellos se dieron cuenta de que cada uno tenía algo especial que ofrecer a los demás y que la violencia en ningún momento es la solución. De esta manera el bosque se convirtió en un lugar donde todos podían vivir felices y en armonía a pesar de sus diferencias.

Gonzalo Leal López



El internado de la desigualdad

Ernesto, un enigmático profesor, se dirigía una lluviosa tarde de septiembre a la ciudad que iba a convertirse en su hogar durante los próximos nueve meses. A él siempre le había encantado viajar, por lo que, cada curso escolar, se dirigía a un pueblo o ciudad diferente. Por ello, nunca se sabía cuál iba a ser su destino, ya que no solo había dado clase en varios lugares del mundo. Este año, ha sido destinado a México, la ciudad donde debía ir todas las mañanas de aquí en adelante que se encontraba en una zona que iba desarrollándose poco a poco. Por lo que había oído, sus conocidos y amigos habían estado escuchando rumores de que aquella población tenía unas ideas muy raras y atrasadas comparadas con las de nuestra época. Ernesto no le dio demasiada importancia pues pensaba que eso no le iba a causar ningún problema y lo aceptaría.

Él reflexionaba sobre esto en el taxi que lo conducía hacia el instituto donde iba a dar clase, pero también a vivir. Unos minutos más tarde, cuando casi había anochecido por fin llegó a su destino. Delante de él, se encontraba un internado con una fachada elaborada y bonita, con un contraste de colores un poco inusual que, sorprendentemente combinaba genial. Cuando decidió que había terminado de inspeccionar el exterior, llamó al timbre. Justo en ese momento, una chica joven con la cabeza agachada y una expresión indignada, salía del edificio. Ernesto, curioso por conocer qué le había sucedido, en cuanto se abrió la puerta fue a presentarse.



-¡Buenas tardes! Mi nombre es Ernesto y seré el nuevo profesor de idiomas en este centro solamente durante este año escolar. Encantado de conocerla.

-Hola..., mi nombre es Teresa, me alegro de que usted haya encontrado trabajo aquí. Lo siento, pero debo irme – respondió atónita y asombrada.

Ernesto le indicó que se detuviese un momento. Teresa lo hizo y no le dio tiempo a responderle con otra excusa.

- Quisiera saber si usted va a trabajar aquí conmigo, pero por su respuesta he deducido que no la han aceptado aquí, ¿podría conocer el motivo de esta decisión? – dijo Ernesto con detenimiento.



- Eso ya no importa, no hay nada que usted pueda hacer contra ellos. Nunca aceptarían a una mujer para el puesto de profesora, así funcionan las cosas aquí – explicó Teresa mientras se lamentaba.

Ernesto le indicó que permaneciera allí y entró al edificio. Fue recibido por dos hombres trajeados que discutían sobre la organización de aquella escuela. Al verlo, le dieron la bienvenida.

- ¡Don Ernesto, qué alegría que haya aparecido! Le estábamos esperando con mucha ilusión, nunca imaginamos que un profesor de su categoría llegara a trabajar aquí – lo recibió el director del centro.

- Soy un profesor como otro cualquiera, no hace falta que me dedique esos halagos. Por favor, ¿sería usted y su compañero tan amables de explicarme cómo funciona el centro? – respondió curioso.

- Por supuesto señor, nuestro centro es apto para chicos y chicas de todas las edades, hasta ser mayores de edad. Nuestro instituto está dividido en dos, por si no se ha fijado. La parte izquierda es la de los hombres y la derecha es de las mujeres. Cada uno tiene unas asignaturas y conocimientos básicos y una selección de carreras y trabajos para prepararlos de cara al futuro, basados en su género. Tenemos clases por la mañana y por la tarde todos los días, le proporcionaré su horario esta misma noche.

Ernesto no podía creer lo que acababa de oír. Eso no era un internado normal. Se fijó en una lista que había en un gran tablón con información sobre las asignaturas, aprendizajes básicos y las carreras a las que facilitaban entrar. Se dio cuenta de que los chicos estudiaban las asignaturas principales y tenían una amplia selección de oportunidades. En cambio, las mujeres solo contaban con Lengua y Mates como asignaturas esenciales y todas las demás que sí tenían los chicos eran optativas o ni siquiera aparecían. En su lugar aprendían a cómo hacer tareas de la casa, bailar o a tocar un instrumento. Esto le abrió la mente a Ernesto y supo enseguida que debía de hacer.

- Disculpe, me gustaría saber por qué no han aceptado a aquella chica de ahí fuera en este instituto – le cuestionó Ernesto.

- Aquí las mujeres solo pueden trabajar de limpiadoras o recepcionistas, no de profesoras. La mujer no está capacitada para la responsabilidad que supone enseñar – respondió secamente el director impidiéndole hablar a su compañero.



- Pues si no la aceptan a ella, yo tampoco aceptaré trabajar aquí.

El director se quedó asombrado por la decisión de Ernesto. Él nunca había logrado tener en su internado a un profesor como él y esa era una oportunidad de oro para impulsarlo ya que se haría más famoso. Tras la insistencia de Ernesto, tuvo que ceder a aceptar a Teresa en su instituto. Cuando se marchó, su compañero les indicó a Ernesto y a Teresa que quería hablar con ellos.

- Perdón por el comportamiento de mi padre, este punto de vista de la sociedad de mi zona no se ha podido erradicar por lo que quiero empezar a fomentar la igualdad entre hombres y mujeres y darles más oportunidades a esta juventud, ya que no pueden seguir sus sueños y están condenados a ser infelices. He intentado cambiar su punto de vista, insistirle en que me deje a cargo del instituto, pero nada funciona. Además, trata muy mal a las limpiadoras y alumnas, las maltrata a diario pegándoles cuando cometen al gún error o hacen algo mal. Suele darles castigos muy severos, no os lo queréis imaginar. Así que, necesito vuestra ayuda no puedo tolerar estas injusticias por más tiempo.

Ernesto y Teresa decidieron ayudarle sin dudar y empezaron a pensar cómo podrían echar a aquel malvado director de allí. Ernesto recordó que uno de sus amigos era un prestigioso abogado. Se puso en contacto con él de inmediato, le informó sobre la situación y le explicó que debían de ponerle una denuncia. El hijo del director les proporcionó todos los datos necesarios para poder llevar a cabo un juicio contra el director que acabaron ganando. Gracias a ello, su hijo se convirtió en el nuevo director e implantó un sistema totalmente nuevo sin ninguna desigualdad entre hombres y mujeres, decidió eliminar los aprendizajes de las tareas de casa y añadir una selección más amplia de cursos y bachilleratos. Contrató al mismo número de hombres y mujeres y rompió con cualquier tipo de injusticia. El nuevo director está y estará infinitamente agradecido a Ernesto y Teresa y ellos no se arrepentirán nunca de haber acudido a aquel instituto ya que han conseguido cambiar el destino de muchos jóvenes y difundieron la igualdad en aquella zona que ha avanzado mucho desde entonces.



Valeria Murillo Ramírez

Jornadas contra la Violencia de Género HINOJOSA DEL DUQUE del 24 al 27 de noviembre 2024



Autora cartel: Aitana Pérez Hurtado.

Organiza: AYUNTAMIENTO DE HINOJOSA DEL DUQUE.DELEGACIÓN DE MUJER E IGUALDAD.

Colaboran: ASOCIACIÓN DE MUJERES CANDELA- IES JEREZ Y CABALLERO- IES PADRE JUAN RUIZ- CEIP INMACULADA- CEIP MAESTRO JURADO - DIPUTACIÓN DE CÓRDOBA- PACTO DE ESTADO CONTRA LA VIOLENCIA DE GÉNERO



El secreto de Sofía

Hoy en la escuela, Sofía no vino. Hace días que no la veo. Todos los niños hablan de ella, pero no sé qué pasó. Al principio pensaba que estaba enferma, pero la señora dijo que Sofía necesitaba un tiempo para estar mejor. Y eso me hizo pensar. Sofía es mi amiga desde que éramos pequeños. Siempre venía a la escuela con una sonrisa grande, y jugábamos a la pelota juntos en el recreo. Pero últimamente, cuando la veía, algo estaba diferente. Ya no sonreía igual. Su cara se veía triste, y sus ojos, esos ojos que siempre brillaban, ahora parecían apagados. A veces, cuando pasaba cerca de mí, escuchaba que sus manos temblaban. No entendía qué le pasaba.

Una tarde, después de clases, me quedé un poco más en el patio porque mi mamá me pidió que ayudara a la señora. Estaba organizando unos papeles cuando vi a Sofía en el pasillo. Estaba parada cerca de la entrada, mirando al suelo. Cuando la llamé, levantó la cabeza, y me di cuenta de que tenía un moretón en la mejilla. Le pregunté si estaba bien, pero ella solo me sonrió débilmente y dijo que sí. Luego se fue rápido, como si no quisiera que nadie la viera.

Esa noche, mientras pensaba en Sofía, recordé algo que me dijo un día. Estábamos charlando sobre lo que queríamos hacer cuando fuéramos grandes, y ella dijo que quería ser doctora, pero que su papá no la dejaba estudiar tanto porque decía que “las niñas no necesitan saber tanto”. Yo me quedé callado, sin saber qué decir, pero ahora que lo pienso, esas palabras me dejaron una sensación rara.

Al día siguiente, la señora nos contó que Sofía no vendría más a la escuela. Nos dijo que tenía que ir a vivir con su tía porque su mamá y su papá no la cuidaban bien. No entendí bien qué pasó, pero algo me decía que su papá le hacía cosas malas. Cuando los niños hablaron entre ellos, escuché que su papá la lastimaba a veces y que la mamá no decía nada porque tenía miedo.





Esa tarde, volví a casa con el corazón pesado. Recordé el moretón en la cara de Sofía y las palabras de su papá sobre las niñas. Me pregunté cuántas niñas más habrá que no pueden soñar con ser lo que quieran porque alguien les dice que no pueden. Me enojé, no solo por Sofía, sino porque hay tantas cosas que no entiendo sobre la violencia. ¿Por qué un niño o una niña tiene que sufrir solo por ser niña o niño? ¿Por qué alguien tiene que gritar o golpear a alguien más?

Cuando llegué a mi casa, le conté a mi mamá lo que había pasado. Ella me explicó que hay personas que no saben cómo tratar bien a los demás, y que a veces eso puede ser muy peligroso. Me dijo que si alguna vez alguien me hacía daño o me trataba mal, debía hablarlo con ella o con otro adulto. Me dijo que no podía ser normal que un niño o una niña viviera con miedo.

A partir de ese día, me prometí que iba a cuidar a mis amigos y a mis amigas, que nunca iba a permitir que alguien les dijera que no podían hacer algo solo por ser como eran. La violencia no es algo normal, me dijo mamá, y todos tenemos que luchar contra ella.

Aunque Sofía ya no está aquí, yo la recuerdo y sé que algún día, cuando crezca, voy a luchar para que más niñas como ella puedan ser libres y felices.

Miguel Ángel Suárez Jurado



Ilustración: Hugo Cerro Perea



El sueño de María

El día seis de mayo del año dos mil dos nació una niña llamada María y el veinte de mayo de ese mismo año nació Emilio. Cuando comenzaron el colegio los dos iban juntos y con el paso del tiempo se hicieron mejores amigos.

Pasan unos años y ya tienen dieciocho años, es decir les toca decidir qué quieren estudiar. A María de siempre le ha gustado la profesión de bombera y a Emilio de siempre le han gustado los niños, así que tenía claro que quería ser maestro, como sus padres. A pesar de que a María siempre le haya gustado esa profesión, por sus padres que le dicen que ese trabajo es para hombres y que ella tiene que estudiar magisterio, va a hacerles caso a sus padres porque piensa que tienen la razón. Un día mientras hablaba con Emilio le contó lo que sus padres opinaban de que a ella le gustase el trabajo de bombera, Emilio se indignó ya que ningún trabajo es para hombres ni mujeres, cada uno trabaja donde quiere, y él le dijo que no les hiciese caso a sus padres ya que en ese caso no llevan la razón, ella decidió ignorarle y hacerle caso a sus padres. Cuando Emilio llegó a su casa le contó lo que le sucedía a María a su hermana, ya que su hermana, Sofía, también es bombera y él cree que su hermana puede ayudar a María. Entonces un día Sofía quedó con María y estuvieron hablando de cómo iban y después de un rato hablando Sofía le preguntó qué quería estudiar y María le dijo que a ella le encantaría estudiar para ser bombera, como Sofía, pero que por lo que le dicen sus padres va a estudiar magisterio. La hermana de Emilio le explicó que no hay trabajos para hombres ni tampoco para mujeres y se puso de ejemplo a ella misma ya que ella trabaja de bombera, lo que quiere ser María, que a pesar de lo que le han podido decir ha seguido adelante con su sueño y lo ha cumplido y ahora es de una de las mejores trabajadoras en donde ella trabaja. Al final la convenció, pero le daba miedo decírselo a sus padres por cómo iban a actuar. Al día siguiente de hablar con Sofía, María decidió hablar con sus padres y ellos se enfadaron mucho y llegaron a tal punto de echarla de casa ya que ella no quería estudiar lo que sus padres le obligaban a estudiar pero a ella no le gustaba. María llamó a Emilio y le contó todo lo que había pasado y él decidió que se podía quedar en su casa sin ningún problema hasta que todo se resuelva, ella decidió empezar a trabajar para que pudiese matricularse en la carrera. Gracias a las buenas notas de María le han dado la beca y con eso ya tiene la matrícula pagada y el dinero que está ganando en el trabajo se lo gastará en un alquiler de un piso en Madrid ya que se va allí a estudiar.



Ya ha llegado septiembre y María se va para Madrid a estudiar. Ya ha comenzado a estudiar le va muy bien y le está encantando. Ya han pasado cuatro años desde que empezó a estudiar y este año le toca hacer las pruebas psicotécnicas para entrar en el parque de bomberos de su pueblo, Paiporta, se está preparando muy bien para conseguir muy buena marca. El día de su cumpleaños Emilio le hizo una fiesta sorpresa con todos sus amigos, en esa fiesta Emilio le pidió ser su novio y ella aceptó ya que ella lleva tiempo queriéndole por cómo le ha tratado y le trata, y por todo lo que ha vivido con él. Ha llegado el quince de junio, el primer día de las pruebas psicotécnicas ya que duran tres meses. Es trece de septiembre, el último día de las pruebas, María está muy cansada ya que ha estado entrenando diariamente y casi todos los días tenía que hacer pruebas. Ha pasado una semana y hoy veinte de septiembre, le dan los resultados. Acaban de publicar los resultados y ¡ha pasado las pruebas! María ha pedido trabajar en el parque de bomberos de Paiporta y ha conseguido entrar. Para celebrarlo su novio, Emilio, le hizo una fiesta con toda la familia, a pesar de que los padres de María la echasen de casa por no querer estudiar lo que sus padres le decían a ella le hizo mucha ilusión verlos. Ellos aún tenían algunos pensamientos de que ese trabajo es para hombres, pero estaban orgullosos de que su hija estuviese feliz por haberlo conseguido.



Ayer veintinueve de octubre sucedió una tragedia en Paiporta, el pueblo se inundó. Hoy treinta de octubre María y sus compañeros de trabajo están ayudando a limpiar todo lo que ha dejado la DANA. Gracias a María y muchos de sus compañeros todo está siendo más fácil.

Paula Murillo Moreno



La normalidad

A las siete en punto saltó de la cama y se colgó el delantal, todavía con los ojos medio cerrados. Apagó el despertador, justo antes de que sonara, para que el cuerpo que dormía al otro lado de la cama no despertase antes de tiempo. Se lavó la cara y se peinó. Otro día había comenzado. De camino a la cocina levantó las persianas todo lo lentamente que pudo y abrió la ventana para que el fresco matutino comenzara a trabajar aireando el salón. Por el rabillo del ojo vio la ristra de ropa que ondeaba arriba en la terraza como los banderines ondean en las verbenas, y sintió ganas de cantar un pasodoble bonito. No lo hizo, por no despertar a los chiquillos, pero pensó en uno que siempre canturreaba su madre. Luego recogería la ropa, antes de que el sol apretase demasiado. Ya en la cocina, encendió la cafetera, sacó las tazas y algunos platos de la alacena, colocó en la mesa el mantel, las cucharillas y las servilletas; partió el pan y trituró el tomate, buscó la garrafa verde de aceite de oliva para rellenar el botecito y sirvió la leche —sin lactosa para el pequeño, desnatada para sí, semi para los demás. Desayuno listo, siete y media en punto.

Se sonrió; hora de hacer ruido. Encendió la tele y abandonó su cocina. Fue, uno por uno, despertando a los miembros de su familia: «¡Vamos, arriba! ¡Que llegaréis tarde!». La casa se llenó de ires y venires urgentes en una carrera contra el tiempo. Vistió al pequeño rapidísimo y recordó a las dos mayores que debían recoger su habitación antes de irse.



En aquel caótico desorden, enumeró en silencio las tareas que debía llevar a cabo a lo largo del día. Terminó de atar los cordones de su hijo justo a las ocho y cuarto en punto. Una ráfaga de pies corriendo hasta la calle para subir al coche y el sonido de la puerta de la entrada cerrándose anunciaron que la casa volvía a ser, como cada mañana, toda suya.

Desde entonces y hasta las dos y cinco de la tarde, una sinfonía de labores protagonizó la jornada. Puso una lavadora de oscuros, dando la vuelta a los pantalones y registrando concienzudamente los bolsillos, tal y como su madre le había enseñado. Subió a recoger la ropa y tarareó lo que quiso, sin la preocupación de molestar a nadie más que a los blancos rayos del sol. Luego dobló las sábanas de colores, emparejó los calcetines y planchó seis camisetas, cuatro pares de



pantalones, dos camisas y un vestido floreado. Colocó cada cosa en su sitio, como si aquellos entes textiles nunca hubiesen abandonado los armarios y cajones donde quedaron descansando, silenciosos.

Su silencio quedó interrumpido por el martilleo del cuchillo sobre la tabla al cortar la cebolla. Se le calló alguna lágrima de cocodrilo. Picó también zanahoria, pimienta verde, apio y tomate. La olla se humedeció de aceite y una fiesta vegetal dio comienzo en su interior. Un delicioso vapor inició con determinación la conquista olorosa de todos los espacios de la casa, pero enseguida fue detenido por el poder de succión de la campana extractora. Salpimentó el sofrito y dejó caer un par de hojas de laurel. Añadió la carne y el vino, y dejó que el tiempo perfilara los sabores antes de echar el caldo y bajar el fuego. Se despreocupó del almuerzo por un rato.

Era el momento de quitar el polvo de las estanterías, limpiar los cristales de mesas y ventanas, y aspirar los suelos de punta a punta. Los enseres decorativos perdieron momentáneamente sus puestos de honor para dejar que un paño limpio recorriera sin obstáculos la madera oscura de cada balda. Las sonrisas enmarcadas en portafotos quedaron relucientes tras recibir también alguna pasada. Regó las plantas que oxigenaban su hogar y les dedicó algún pensamiento de preocupación: «Este poto necesita mucho más sol». Su madre le había enseñado a cuidar de las macetas casi tanto como de los hijos. Volcó uno de los cajones sobre la mesa y separó la basura de lo que todavía no era basura, pero lo sería la próxima vez que ordenara el cajón. De repente, sonó el timbre, a las dos menos cuarto en punto: el panadero.

Compró pan para dos días, hoy y mañana. De vuelta en la cocina, peló y partió cuidadosamente unas patatas y las agregó al guiso que burbujeaba. Visitó la mesa para comer como se visten las mesas en cualquier casa. Entonces, se sentó a esperar. Su familia volvió a casa poco tiempo después y la comida transcurrió feliz y sosegadamente.

Al terminar, pasó al salón y se dejó caer sobre el lado largo de la cheslón. Su hija, la mayor, que era una habladora incansable se le acercó, cuestionada, y le interrogó: «En el cole llevamos toda una semana haciendo actividades sobre la igualdad de los hombres y las mujeres... Papá, ¿por qué insisten tanto en el tema?». Él le sonrió irónicamente y le dijo: «Porque, hasta que alguien lea este relato sin dar por hecho que quien limpia, cocina y cuida tiene que ser una mujer, nos queda mucho por avanzar». «¡Ah, vale!» le respondió la niña, y se marchó a hacer sus deberes.



Lenguaje de golpes

Llevaba años viviendo en ese bloque, en el tercer piso. Lo conocía como la palma de mi mano. Y me encantaba, a pesar de ser viejo y no tener ascensor, pero sí paredes delgadas y una escalera de madera desgastada y tablones que se pasaban el día creando una sinfonía de crujidos. Pero los agradecía. Porque siempre me permitían saber quién subía y bajaba las escaleras sin necesidad de salir a saludar y quedar avergonzado si resultaba ser otra persona.

Ese era nuestro juego. Mi vecina y yo nos conocíamos desde que empezamos el colegio, y éramos inseparables desde entonces.

De pequeños habíamos pasado horas elaborando un código que poner en práctica cuando bajáramos las escaleras. Había tablones que contaban doble y otros que restaban puntos, y memorizamos cada uno nuestro propio recorrido, que jamás cambiamos. Con el paso de los años, se volvió algo automático: de manera inconsciente, habíamos aprendido a saber que el otro se acercaba cuando aún iba por el segundo piso.

Pero hacía ya un tiempo que sus pasos sonaban ligeramente diferentes: venían acompañados.

Tardé unas semanas en armarme de valor (y de harina). Me planté en el rellano y lo crucé en dos grandes zancadas, llamando al timbre antes de que me diera tiempo de arrepentirme. Traía un bizcocho de limón, ya que necesitaba una excusa para venir a verlos.

Mi nuevo vecino me abrió la puerta; una rápida presentación y la justificación de mi visita desembocaron en una tarde charlando alrededor del brasero mientras disfrutábamos del pastel.

Quedé convencido tras la visita de que ella había elegido bien. Pero bueno, yo ya conocía a mi vecina y no me cabía duda de que lo haría, tenía el buen gusto de una artista reconvertida en oficinista.

Pasaron las semanas y los meses y, sin saber muy bien por qué, se acabaron nuestras reuniones semanales en las que nos poníamos al día y evitábamos convertirnos en extraños que vivían a dos metros. Pero seguí escuchando sus pasos. Era mi pequeño ritual. Aunque parecía que el destino no estaba dispuesto a



permitirme que siguiera cumpliéndolo, porque cada mañana salían más temprano del bloque y cada noche regresaban más tarde.

Al parecer, yo no fui el único en darse cuenta. Me parecía oír gritos a través de las finas paredes que nos separaban.

Me dije que era normal, que pelearse era rutinario en una pareja, y no le di mayor importancia. Al fin y al cabo, conocía a mi nuevo vecino y sabía que era una buena persona.

Cada uno siguió con su vida. A veces nos encontrábamos en las escaleras y conversábamos mientras subíamos y bajábamos. En algunas ocasiones, nos ayudábamos mutuamente a subir la compra hasta el tercer piso. Pero casi siempre la acompañaba él, caminando siempre muy cerca de ella. Estaban tan felices juntos que apenas se separaban. O eso pensaba la gente.

Pero yo, que la conocía desde pequeño, supe notar el cambio de sus movimientos, que habían pasado de sonar como un baile alegre a asimilarse al rasgueo de un triste lápiz gris sobre cartulina color ceniza.

Y escuchando sus pasos atentamente, supe lo que ocurría. Cada nota de percusión sobre madera me contaba su historia, una historia de constante lucha y de deseo de salir de allí.

Algunos días, sus pasos volvían a ser alegres. Solían coincidir con los días en que no se oían gritos. Aquellos poblados de susurros amistosos. Y yo sólo vivía para esos días de silencio, que avivaban su espíritu y parecían devolverle la alegría que le faltaba al resto de ellos.

Y cada vez, vecino y vecina nos decíamos que todo debían de haber sido imaginaciones nuestras.

Pero el ciclo se repetía tan a menudo que empecé a dudar si no estaría siendo engañado.

Y, cuando a los gritos inhumanos se les sumaron los golpes y la restricción aún mayor de sus libertades, decidí que me había hartado de buscar excusas mientras ella sufría a escasos metros de mí. Así que me quité el miedo de encima y decidí llamarlo por su nombre.



Dos años después.

Ahora vivimos en una ciudad diferente, en una región diferente.

Pero hemos elegido dos apartamentos contiguos en un edificio antiguo con paredes finas y escaleras que crujen. Quizás deberíamos haber escarmentado después de que él tratara de tirarme por el hueco de las escaleras cuando la policía se presentó en su puerta conmigo detrás. Pero, al fin y al cabo, aquellas escaleras que crujían nos salvaron.

Hemos dejado atrás la ciudad que nos vio crecer, pero ella necesitaba hacer esto, y además era una buena medida para evitar que él la localizara de nuevo. La orden de alejamiento, al fin y al cabo, no había servido de nada, como quedó demostrado a los pocos días de mi llamada a las autoridades.

Puede que algún día ella vuelva a la ciudad para visitar a aquellos que se quedaron allí. O quizás prefiera dejar todo ello atrás.

Aunque todos sabemos que no logrará olvidarlo del todo. Que ya ha recorrido una gran parte del camino, pero todavía le queda lo más difícil.

Porque, ¿cómo conseguirá dormir sin miedo a lo que sus sueños le muestren? ¿Acaso logrará olvidar lo que quedó grabado en ella con ese lenguaje de golpes?

Irene Pozo Velasco



Ilustración: Javier Moreno Triviño



Ilustración: Victoria Rodríguez Gómez



Ilustración: Lola Gutiérrez Rodríguez

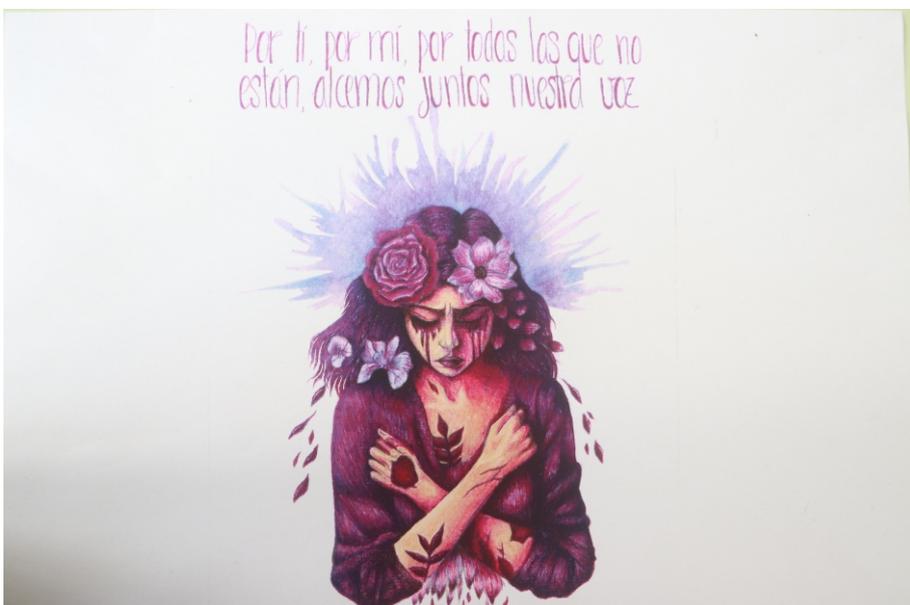


Ilustración: María Santos Prados



Los ojos de la tristeza

La historia comienza en 1928 cuando, en el mercado, una hermosa señorita, se enamoró de un chico muy guapo, medio rubio, alto... María Eugenia se encontraba en el mercado con su madre haciendo unas compras que se necesitaban en casa.

Federico estaba dando un paseo con Tomás, un amigo de su calle.

Federico no sabía de ella hasta dentro de mucho tiempo, pero María Eugenia, todo lo contrario: le había impactado tanto haber visto un chico tan guapo que no paraba de pensar en él.

Se aprendió todo lo que hacía en su día a día; investigó y supo quién era su familia y si estaba emparejado con alguna dama para ser casados.

Era tanta la obsesión, que se pasaba el día en la puerta de su casa, esperando por si pasaba; ya ni obedecía a su madre en las labores que le asignaba y esta, terminó percatándose de que algo le sucedía a María Eugenia: no comía, no dormía, solo se pasaba el día en la puerta de la calle.

Después de un tiempo, se enteró de que su amor platónico, el apuesto Federico andaba de novio con una íntima amiga suya.

Esto derrumbó a María Eugenia que, durante años, arrastró una profunda depresión.

Pasaron los años y María Eugenia empezó a levantar cabeza: comprendió que quizá, aquel hombre no estaba para ella y que, cuando una puerta se cierra, el sol puede entrar por la ventana.

Al cabo de un tiempo, nuestra protagonista conoció a un buen hombre, con el que pronto formalizó su relación, se casaron y formaron una bonita familia, de cuya unión nacieron tres hijos: dos varones y una hermosa niña, Ana María.

Los años pasaron demasiado deprisa y la niña se convirtió en una preciosa mujer, que también se enamoró.



Conoció a Carlos, un apuesto joven, de ojos grandes y azules, cabello ensortijado y una voz que te atrapaba.

Pero, en lo más profundo de esos ojos, Ana María descubrió una inmensa tristeza. Un día, quedaron en una cafetería y Carlos llegó especialmente ausente.

Ana María se percató y poco a poco, logró que su chico le contara qué estaba pasando.

Sus padres llevaban casados muchos años pero, la convivencia en casa nunca había sido fácil: su padre, un tal Federico, era un bebedor empedernido que, cuando llegaba a casa, la emprendía contra su madre, a la que durante años había maltratado.

Ana María, no salía de su asombro y, claro, no pudo contenerse en hacer la pregunta: “¿Por qué su madre lo había aguantado tanto tiempo?”

Carlos rompió a llorar. Su corazón no podía más, necesitaba desahogarse: su madre siempre decía lo mismo: “¿Y qué hago yo? ¿Dónde voy? ¿De qué vivo?”

Así es que, su única salida era aguantar: aguantar las palizas, el desprecio, el desamor. Ana María llegó a casa consternada y, claro, su madre notó que algo pasaba. La chica le contó aquella terrible historia y, al oír aquel nombre... “FEDERICO”...vinieron a su memoria muchos recuerdos.

Allí estaba de nuevo ese nombre, esa obsesión, ese amor truncado.

Federico había hecho de su amiga una mujer maltratada, asustada y vejada. María Eugenia calló por un momento, después, se encerró en su habitación, donde lloró hasta hartarse y cogió el teléfono.

Primero, llamó al 016 para denunciar el maltrato continuado al que su amiga había estado sometida durante más de 30 años.

Seguidamente, llamó a su amiga.



Le ofreció ayuda y le abrió las puertas de su casa, aquella inmensa casa con demasiadas habitaciones vacías.

Su amiga, perpleja, pareció enmudecer durante unos minutos, pero, armada de valor por una vez en treinta años, aceptó aquella salida hacia la salvación. Hoy, Federico está en la cárcel por violencia machista.

Ana María y Carlos se casaron y viven en una casa al lado de María Eugenia, que sigue teniendo con ella a su amiga, aquella que le arrebató al que era el amor de su vida sin saber que, en realidad, fue su amiga la que la había librado de una vida de sufrimiento y dolor.

Alba Baños Guerra

#016 PARA TODAS

Atención a todas las formas de violencia contra las mujeres

 016

 016-online @igualdad.gob.es

 violenciagenero.igualdad.gob.es

 WhatsApp 600 000 016

#TODAS LAS VIOLENCIAS,
LAS VÍCTIMAS,
LAS OBLIGACIONES



016 ATENCIÓN A VÍCTIMAS
DE VIOLENCIA CONTRA LAS MUJERES



Ilustración: María Reyes Cerro

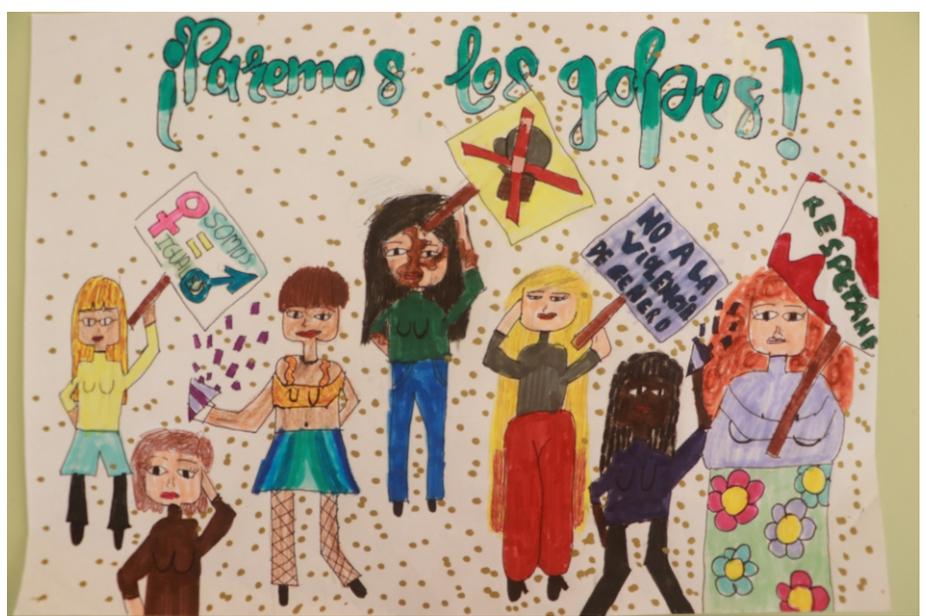


Ilustración: Carmen Millán Camiña



Ilustración: Álvaro Jurado Moreno



No siempre es oro todo lo que reluce

Hace tres años y dos meses que salí de aquel infierno, y mucho más que entre en él. Un catorce de junio de 2018 conocí a Lucas, un hombre educado y trabajador, mientras estábamos en el viaje de fin de carrera en Mallorca. Me llamó la atención su físico, pues era guapo y apuesto, y quise hablar con él. Siempre había sido una chica muy extrovertida, nunca me había supuesto ningún problema hablar con cualquier persona y entablar conversación.

En la primera cena del viaje, me acerqué a hablar con él y comencé a preguntarle cosas sobre su vida, muy rápido pasamos a hablar con fluidez y cuando nos quisimos dar cuenta era la hora de irse al hotel, pues al día siguiente teníamos una actividad preparada para por la mañana temprano.

Me fui al hotel muy contenta y le conté lo que me había pasado a mi amiga Laura. Esta me animó a seguir conociéndolo pero también me recordó que estábamos de viaje y que tenía que disfrutar sobre todas las cosas.

Pasaron los días y el viaje llegó a su fin. Cuando tocó despedirse ninguno de los dos queríamos, Lucas vivía en Madrid y yo en Cádiz, nos dimos cuenta de que lo que nos había pasado no era una tontería y de que queríamos seguir conociéndonos a pesar de eso.

Llegó septiembre y volvimos a la rutina. Yo estaba estudiando un máster y él estaba especializándose en la rama de Medicina, por lo que teníamos poco tiempo para hablar.



Pasaron tres meses y llegó diciembre, el mes de la Navidad. Decidí ir a visitarlo a Madrid y allí pasamos dos semanas increíbles, las mejores navidades de mi vida. Conocí a sus padres, a sus abuelos y a su familia en general.

El día de antes de mi vuelta a Cádiz, Lucas me insistió mucho en tener relaciones, pero a mí no me apetecía, no me sentía cómoda y tenía la sensación de que aún era pronto para eso.



A la mañana siguiente, Lucas me acompañó a la estación y volví a casa, pero ya no era como antes. Ahora Lucas era más seco, distante y, sobre todo, mucho más controlador.

Cada vez que salía en Cádiz con mis amigas, Lucas se enfadaba o se comportaba peor conmigo, como si de algo malo se tratara, pero no le di mucha importancia ya que tras cada pelea había un perdón y un supuesto arrepentimiento, algo un poco falso ya que cuando volvía a salir volvía a suceder. Su excusa siempre era la distancia, él decía que no podía confiar plenamente en mí porque no conocía mi entorno y eso realmente le incomodaba, por lo que cada vez, sin darme cuenta, salía mucho menos con mis amigas.

Laura se percató de mi comportamiento, pues como ya sabéis, yo era una persona muy extrovertida, me encantaba relacionarme y aprovechar mi tiempo. Un día Laura me invitó a un café y disimuladamente me sacó el tema de Lucas, yo me puse a la defensiva y no la dejé dar su punto de vista. Le dije que no hacía falta que se metiera en mi vida privada y que iba siendo hora de que dejase la envidia que le tenía a mi relación a un lado.

Laura, como es normal, no quiso volver a sacar el tema y se distanció poco a poco de mí, al igual que yo de ella.

Había perdido una de mis mejores amistades y cada vez me relacionaba con menos personas.

Pasaron los meses y llegó abril, estos últimos días Lucas había estado muy amable y receptivo. Pero todo tenía una explicación.

La noche del quince de abril, Lucas me pidió unas fotos comprometidas, echándome en cara que llevábamos medio año y que no habíamos tenido ningún contacto sexual, opinaba que ya éramos mayorcitos para esperar tanto. Yo no estaba muy conforme pero tras chantajes y varias amenazas con cortar nuestra relación acepté.



Esa noche no dormí tranquila, como si algo malo fuera a ocurrir, pero no le di más importancia, pues al fin y al cabo Lucas era mi pareja y tenía que confiar en él. Dos semanas más tarde, Lucas decidió terminar nuestra relación. Fue una decepción muy grande para mí, no me esperaba esa decisión y mucho menos que fuera así, un mensaje despidiéndose después de todo lo vivido. Lucas me dijo que no soportaba la distancia y prefería no tener que hacerlo. Lo acepté e intenté seguir con mi vida. Al poco tiempo comencé a conocer a un chico, y esto llegó a oídos de Lucas, que, comido por unos celos y envidia inexplicables, difundió mis fotos y mintió sobre su fecha de entrega. El chico que estaba conociendo, pensando que esas fotos las había enviado estando con él, se enfadó conmigo y no quiso saber nada más de mí. Mi vida tras la publicación de esas fotos no volvió a ser la misma, era una constante lucha contra las humillaciones e insultos que recibía día a día.

No tenía a nadie a quién contárselo y no me atreví nunca a contárselo a mis padres. Me sentía muy avergonzada y no quería ser más juzgada.

Pude soportarlo durante ocho meses, hasta que como dije al principio, conseguí salir de aquel infierno hace tres años y dos meses, concretamente el día que me suicidé.

Esta fue la carta que India Martínez Rubio dejó aquel día antes de la tragedia para que su muerte no fuera en vano. A día de hoy esto sigue ocurriendo y hay que luchar por detenerlo.

Lorena Ruiz Moreno

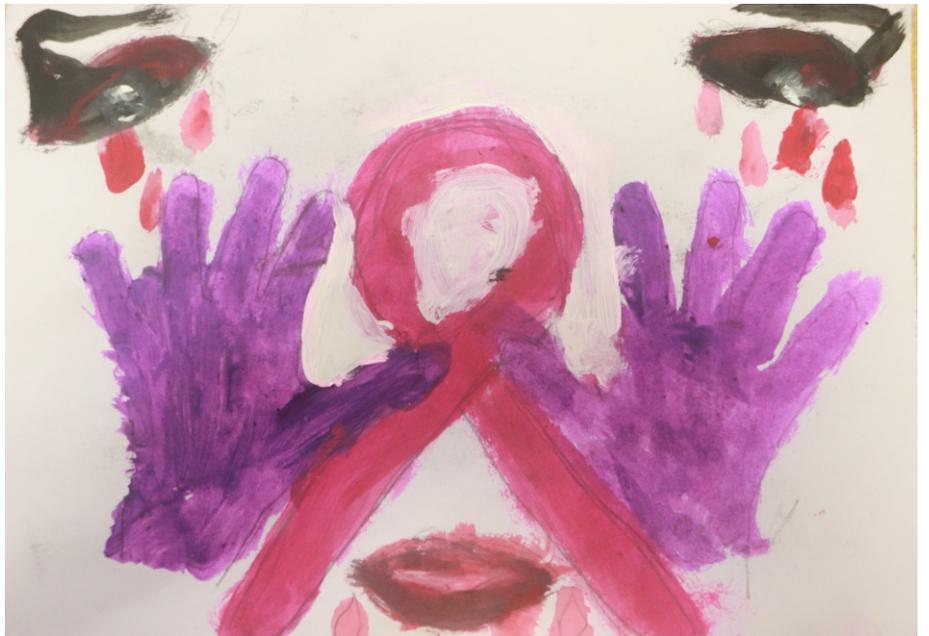


Ilustración: Neo Moreno Capilla



Ilustración: Thiago Romero Murillo



Ilustración: Paola Muñoz Balsera



No sin tí

Corría el tiempo rápido en el vaivén de los días, mientras sus hijos crecían sin apenas darse cuenta, excepto cuando le iba poniendo la ropa y le quedaba por encima del tobillo o con la manga francesa. Quería pensar que así era la vida, complicada en el matrimonio, con gritos y voces día sí y otro también.

Pasaba el día entre colada y colada, limpieza de baños, comidas y un sinfín de tareas domésticas que nunca acabaríamos de enumerar mientras los niños ensuciaban parte de lo que ella iba limpiando; cuando, de repente, él llegaba a casa y el ambiente se volvía gris y enrarecido, ella de mal genio porque llegaba tarde a comer y él pasado de vino porque sus amigos le habían convidado más de la cuenta.

Ahí comenzaba día tras días las voces y peleas de un matrimonio inmerso en la rutina y el desencanto. Una mujer dedicada a su casa y a sus hijos y un marido dedicado, una parte de su mañana al trabajo, y la otra parte, al bar... aunque, en ocasiones, también dedicaba buena parte de la tarde o de la noche.

Los años iban pasando y sus hijos iban creciendo en el ambiente descrito, el más pequeño de la casa oía abrir la puerta al mediodía y se escondía bajo la cama con las manos apretando sus oídos para no escuchar los reproches y las voces que estremecían sus entrañas cada día del calendario. Los otros dos niños ya tenían normalizada esa rutina que se repetía día a día.

Los años fueron pasando y aquel niño se convirtió en un hombre con baja autoestima y carete de fuerza para superar los obstáculos que se le iban presentando en la vida. Conoció a diferentes mujeres, con las que reproducía aquellas situaciones vividas durante su infancia en su casa. Todo volvía a reproducirse como si los años no hubieran pasado y todas esas actitudes se repetían, siendo para él, algo normal y cotidiano... Aquellas mujeres huían de su lado, permaneciendo poco tiempo en la relación que se volvía tediosa y destructiva.

La violencia contra las mujeres es una violación inaceptable de los derechos humanos que no puede ser tolerada en ninguna sociedad. Debemos alzar nuestra voz y actuar con determinación para poner fin a este ciclo de abuso.



Es fundamental crear conciencia, educar a las nuevas generaciones y fomentar el respeto y la igualdad en todas las relaciones. Cada uno de nosotros tiene el poder de marcar la diferencia: ya sea escuchando y apoyando a quienes han sido víctimas, desafiando actitudes y comportamientos tóxicos, o exigiendo políticas que protejan y empoderen a las mujeres.

No estamos solas en esta lucha; juntas y juntos somos más fuertes. La solidaridad y la empatía son nuestras mejores herramientas. Es momento de unirnos para construir un futuro donde todas las mujeres vivan libres de miedo y violencia. ¡Basta ya! La violencia de género no tiene lugar en nuestra sociedad. ¡Hagamos que se escuche nuestra voz!

Alicia Jurado Benítez





Un viaje por descubrir

Una niña llamada Arya, nacida en una tribu de África, era una buena estudiante con una mente brillante, y todo su futuro por delante, pero no tenía las oportunidades que deberían tener los niños, Arya y sus amigas estaban destinadas a casarse, a sus amigas no les importaba, pero a ella y a Ángel, con quien apenas se podía ver, sí les importaba.

Llegó el día que le tocaba casarse tenía 13 años, ella se negaba, no había nada que hacer... o tal vez sí. En la ceremonia tenían que jurar que no se podían tener hijos hasta que el niño con 14 años se fuera al bosque sobreviviera 3 meses solo y luego cuando volviera, ya sería un hombre y formaría su familia, pero Arya no estaba dispuesta a aceptar que ese fuera su futuro, así que llegó el día que a su marido le tocaba irse, y ella no iba a desaprovechar esa oportunidad, así que cuando se fue, se preparó una mochila de cuerdas y unos zapatos de paja y con Ángel de noche, cuando la selva resplandecía por las fogatas que usaban para dar calor y ahuyentar a animales peligrosos, Ángel y ella vigilaron que el jefe de la tribu hubiera acabado sus fiestas diarias y todos estuvieran durmiendo, emprendieron camino a la capital, donde trabajarían para poder pagar su viaje a España, en la capital tenían un poco la mentalidad más abierta. A él lo cogieron rápido en un taller, pero a ella le pusieron muchos peros por ser mujer, pero al final la cogieron de empleada doméstica. A los 4 meses tenían para pagar una patera, no tenían opción, para salir de África en avión necesitaban permiso del marido, y era mucho más caro, así que optaron por la patera, un pequeño bote donde irían 50 personas, para su sorpresa, al llegar, separaron a las mujeres de los hombres, los puso en alerta pero no podían hacer nada, empezaron el viaje juntos pero a el bote de las mujeres se deshinchó y aparecieron unos barcos donde las subieron y ataron, el otro bote llegó a la costa, en las islas Canarias. A las mujeres le hicieron pruebas de enfermedades, y luego sobre su tipo de sangre, todas iban destinadas al tráfico sexual. El jefe de los secuestradores estaba desangrándose y tenía un tipo de sangre no muy común, Rhnull, un tipo de sangre que es muy difícil encontrar, si te desangras seguramente sería un pasaporte a la muerte, para su sorpresa Arya lo tenía y la obligaron a dársela.

Se quedó desorientada y débil durante unos días, cuando el jefe se recuperó, mandó a que le presentaran a la mujer que le salvó la vida, era un monstruo pero siempre agradecía a los que le ayudaban, cuando vio a Arya a pesar de no estar muy bien, le devolvió su brillo a los ojos,



sus ojos color ámbar relucían en toda la habitación, él sin haberla conocido sentía que era alguien especial, pero no a ese punto, hace 2 años su padre había muerto en sus brazos por un impacto de bala en la orilla de la playa mientras se marchaban de una reunión, a él le rozó la bala y con los ojos entrecerrados vio a una mujer paseando de la que se enamoró completamente sin saber ni su nombre y llevaba años buscándola, mandó a gente a España, Alemania, Italia etc pero nunca la encontró, la gente lo trataba como loco por esperar a una mujer que de la ni siquiera sabía su nombre, pero ahí estaba, y le acababa de salvar la vida.

Andrés, el jefe de los secuestradores mandó a llevarla a su casa, por el camino se lo intentó explicar, pero le pareció absurdo, pues ella nunca había estado en la playa, la llevaba de compras, viajes, lujos pero, ella extrañaba a Ángel y lo buscaría hasta el final, varias veces intentó escaparse pero fue absurdo, siempre tenían un círculo de seguridad, un día que Arya ya estaba aceptando la realidad, porque sabía que no iba a salir de ahí. Un día estaban disfrutando de un día en el recinto de Andrés, en playa en San Francisco, Estados Unidos, y apareció un grupo de la FEMF, la fuerza especial y militar del FBI, situados en Londres, es la más importante de todo el mundo, y se llevó detenido a Andrés y su grupo que llevaba tiempo siendo investigado y buscado. Al mando estaba Ángel, había terminado sus estudios y se había formado militarmente con la esperanza de encontrarla, se echó a llorar en sus brazos y se la llevó a Londres con él. Ella como siempre quiso se formó profesionalmente y también se unió a la FEMF y se hizo teniente y se casaron. Fueron la mayor pareja condecorada de los Estados Unidos, expertos en desmantelar grandes organizaciones de tráfico de personas y luego les siguieron el camino Raúl y Paula, mellizos, sus hijos quienes con tan solo 15 años ya estaban formados militarmente, Paula era experta en rastreos y investigaciones y Raúl un experto en armas y comunicaciones, eran unos joven prometedores capaces de hacerle competencia a los nietos de los fundadores de la FEMF, la familia Morgan.

Alicia Mesa Cuyás



el Sufrimiento se refleja en tu Rostro

deja
Salir tus
miedos

deja
entrar
tus sueños



Ilustración: Raquel Hurtado Barbarroja



AYUNTAMIENTO DE HINOJOSA DEL DUQUE
DELEGACIÓN DE IGUALDAD

